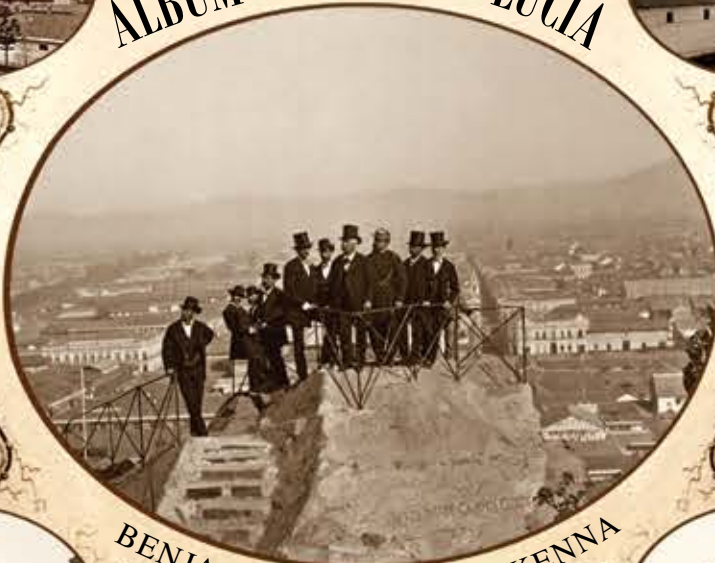




ÁLBUM DEL SANTA LUCÍA



BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA



ÁLBUM DEL SANTA LUCÍA

Benjamín Vicuña Mackenna

Fotografías de Pedro Adams y Pedro Emilio Garreaud

1ª edición, junio de 2014

© 2014 Planeta Sostenible Ediciones EIRL

Prólogo: Soledad Chávez Fajardo

Fuentes de las imágenes fotográficas del "Álbum del Santa Lucía": [www.archivovisual.cl](http://www.archivovisual.cl) y Museo Histórico Nacional  
Fotografía de Benjamín Vicuña Mackenna, página 139: Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna

Retoque fotográfico: Marcelo Ayala

Diseño y diagramación: Sandra Conejeros Fuentes

Edición general: Isabel Cuevas Parra y Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Impreso en Chile, en los talleres de Andros Impresores

Registro de Propiedad Intelectual: 242392

ISBN: 978-956-8937-18-8

[www.planetasostenible.cl](http://www.planetasostenible.cl)

# ÁLBUM DEL SANTA LUCÍA

Benjamín Vicuña Mackenna

*Prólogo de Soledad Chávez Fajardo*

Planeta  Sostenible

# ÍNDICE



NOTA DEL EDITOR.....	07	XVII.- El Restaurant.....	68
PRÓLOGO “De un jardín aéreo”, Soledad Chávez Fajardo.....	08	XVIII.- Interior del Restaurant.....	70
<b>ÁLBUM DEL SANTA LUCÍA</b>			
Introducción.....	20	XIX.- Las Diosas.....	72
El Álbum.....	33	XX.- La Escala de la Ermita.....	74
Fotografías		XXI.- El Pórtico de la Ermita.....	76
I.- Vista general del Santa Lucía.....	36	XXII.- La Portada del Sendero de la Cascada.....	78
II.- Segunda vista general (costado del sur oeste).....	38	XXIII.- Las Rocas de la Ermita.....	80
III.- Vista general del oriente.....	40	XXIV.- La Ermita.....	82
IV.- Vista de la calle de la Maestranza.....	42	XXV.- Desfiladero del Paraguay.....	84
V.- Vista norte.....	44	XXVI.- El Balcón Volado.....	86
VI.- Vista del sur.....	46	XXVII.- El Naranjal de la Ermita.....	88
VII.- Divisadero del Santa Lucía.....	48	XXVIII.- La Roca Tarpeya.....	90
VIII.- Vista del Llano de Maipo.....	50	XXIX.- El Camino Poniente.....	92
IX.- La Portada.....	52	XXX.- La Meseta del Estanque.....	94
X.- El Jardín Elíptico y el Peñón de Huelén.....	54	XXXI.- Escala de Honor de la Fortaleza Hidalgo.....	96
XI.- La Estatua de Caracas.....	56	XXXII.- Galería del Museo Histórico.....	98
XII.- La Gruta de Neptuno.....	58	XXXIII.- La Biblioteca Carrasco-Albano.....	100
XIII.- La Gran Cascada.....	60	XXXIV.- El Museo Histórico Indígena.....	102
XIV.- El Balcón de Uztáriz.....	62	XXXV.- La Colección de Retratos de los Presidentes del Coloniaje..	104
XV.- La Quebrada del Pinal.....	64	XXXVI.- Terraza de Hidalgo.....	106
XVI.- La Portada del Escudo Español.....	66	XXXVII.- Chalet del Superintendente.....	108
		XXXVIII.- Un Meeting Popular.....	110
		XXXIX.- El Desfiladero de los Andes.....	112
		XL.- Las Grutas del Oriente.....	114
		XLI.- La Máquina Hidráulica.....	116

## ÍNDICE

XLII.- El Palmar de Cocalán. ....	118
XLIII.- El Cupido de Bouchardon.....	120
XLIV.- La Portada del Caballo.....	122
XLV.- El Camino de los Jardines y el Parque del Santa Lucía.....	124
XLVI.- La Estatua de los Herejes.....	126
XLVII.- Amaltea.....	128
XLVIII.- La Gruta de la Cimarra.....	130
XLIX.- Los Ataúdes. ....	132
ANEXO	
Mapa.....	136

## Nota del Editor

El objetivo de esta edición es volver a poner a disposición del público –140 años después de su primera publicación– una de las joyas bibliográficas más importantes del acervo cultural chileno.

Escrito y producido por Benjamín Vicuña Mackenna, el *Album del Santa Lucía*, constituye un testimonio gráfico privilegiado del Santiago de fines del siglo XIX, pero además, y esto es lo que nos parece más relevante, da cuenta en palabras llenas de orgullo y pasión de su autor, la concepción política de sociedad que motiva y fundamenta el llamado proceso de “Transformación de Santiago” y en lo específico, la remodelación del cerro Santa Lucía.

Las dimensiones del libro que presentamos son notablemente menores a las del texto original (34 x 25 x 7 cm, tapas de cuero). Con esta edición hemos buscado favorecer la difusión y divulgación del trabajo, tal como de alguna manera lo ideó Vicuña Mackenna al editar, junto al *Album del Santa Lucía*, el libro *El Santa Lucía; guía popular y breve. Descripción de este paseo para el uso de las personas que lo visiten* (1874).

Sin perjuicio de este cambio en las dimensiones, hemos intentado mantener el espíritu de la obra. Por ello los textos de Vicuña Mackenna solo han sido corregidos en aspectos formales, manteniendo hasta donde fue posible, el estilo y redacción de su autor.

Respecto a las fotografías, se ha conservado el encuadre y

tonalidad original. Únicamente se han mejorado en las copias, los aspectos que el paso del tiempo habían dañado, como el contraste y niveles de luz.

Hemos complementado la obra, con el lúcido prólogo de la académica de la Universidad de Chile, Soledad Chávez Fajardo, quien nos entrega elementos valiosísimos para contextualizar adecuadamente el proceso político, social y cultural de habilitación del cerro Santa Lucía en paseo público, uniendo higienismo, modernización, urbanismo, con naturaleza y sacralidad.

Al final, hemos agregado un mapa que permite aproximarse a cómo era el cerro Santa Lucía en la época de su remodelación, indicándose además los principales cambios sufridos hasta la fecha.

Benjamín Vicuña Mackenna fue hijo de su clase y de su tiempo. Fuera de ese contexto histórico podemos criticar su mirada extremadamente antropocéntrica de la realidad, su ideal civilizatorio marcadamente europeo y su visión de las primeras naciones, especialmente del pueblo Mapuche.

Sin perjuicio de ello, Vicuña Mackenna en muchos aspectos se adelantó a su época, fue un hombre de acción y convicción, dejando una huella imperecedera en Santiago y un testimonio gráfico único, que nos ha parecido sumamente pertinente volver a visitar y divulgar.

Juan Francisco Bascuñán Muñoz

ÁLBUM  
DEL SANTA LUCÍA

—•••—  
COLECCIÓN

DE LAS

*principales vistas, monumentos, jardines,  
estatuas y obras de arte de este paseo*



BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

—•••—

# INTRODUCCIÓN

## DESCRIPCIÓN GENERAL

### I.

Por más que se haya dicho, el cerro Santa Lucía llamado Huelén (dolor) por los primitivos y supersticiosos habitantes del Mapocho, es y era una verdadera maravilla antes de darse el primer golpe de azada que lo ha transformado.

Era una verdadera maravilla natural por su extraordinaria formación geológica, evidentemente volcánica y que presenta los más raros y complicados fenómenos de la ciencia y de la naturaleza, pues ya ostenta reventazones basálticas del más atrevido carácter, especialmente en su centro y en sus más altas rocas; ya demuestra su origen fluvial, como se ha visto en la meseta que corona la Ermita, por la aglomeración de piedras de río o de lago, completamente redondeadas por la acción mecánica del agua; ya por sus formaciones de escorias calcinadas, cual se nota en las grutas recientemente abiertas en el Camino del Oriente; ya por sus depósitos de arcillas azules, tofas y otras sustancias plásticas de color verde, amarillo o azulado, como las que puso en descubierto el corte del Desfiladero de los Andes y que se ha empleado desde treinta años atrás en formar el pavimento de la Alameda. Era una maravilla histórica porque a su pie se plantó la primera bandera castellana, se dibujó la planta de la primera ciudad europea en el país y en su cima y en sus ásperas faldas se libró el primer combate entre los conquistadores y los conquistados. Fue el origen, la cuna y el baluarte de Santiago.

Era una maravilla religiosa porque en realidad el Santa Lucía es por su forma un verdadero altar, digno de ser ofrecido a Dios, como

lo imaginaron los gentiles al consagrarle al genio del Dolor y como lo reiteraron los cristianos erigiendo en su cima la primera ermita y la primera cruz de la Conquista.

Era y es por último, una verdadera maravilla urbana, porque en ciudad alguna del mundo encuéntrase un peñón más atrevido, más caprichoso, más importante por su masa de rocas, situadas como lo decía hace dos siglos uno de los historiadores de Chile, “a cuatro cuadras”, es decir, a menos de 500 metros de la plaza principal de la ciudad y en el corazón mismo de ella.

### II.

Por consiguiente, la idea de apropiarse un sitio tan grandioso a los usos de una gran ciudad cristiana y civilizada, es tan antigua como la fundación de esa misma ciudad.

Pedro de Valdivia lo eligió para cuartel y reducto de sus huestes en 1541.

Refiere un siglo después, el padre Ovalle (1646), que los habitantes de la ciudad se solazaban en aquel montículo “que creó Dios a orillas del Mapocho, de vistosa proporción y hechura que sirve como de atalaya, de donde a una vista se ve todo el llano como la palma de la mano hermojado con alegres vistas y vistosos prados”.

Otro siglo había transcurrido y un historiador chileno (Córdoba Figueroa) alaba con entusiasmo aquella admirable formación que compara a los Jardines Alcineos.

En el presente siglo, el último presidente de la Colonia, Marcó del Pont, destinó el áspero peñón al mismo uso de guerra que meditó Pedro de Valdivia, siendo así el Santa Lucía el primero y el último baluarte de la España. La Batería Marcó (después Castillo González) y la Batería Santa Lucía (después Fortaleza de Hidalgo), trabajadas a gran costo en 1816 por aquel tiranuelo, atestiguan la importancia estratégica que los españoles atribuían a ese inexpugnable hacinamiento de rocas.

Pero el verdadero honor de haber intentado consagrar este sitio a los más cultos usos de la civilización corresponde al general O’Higgins, autor de nuestra hermosa Alameda. “Los puntos prominentes que abrazaban sus planes de embellecimiento para la capital, —dice el canónigo Albano, biógrafo de aquel ínclito chileno—, estaban calculados de modo que sirviesen a un mismo tiempo de monumentos públicos y para perpetuar la memoria de las glorias de Chile”.

Tal era el Partenón sobre el cerro de Santa Lucía y un observatorio astronómico sobre el mismo punto.

### III.

En tales condiciones, esa triple maravilla natural, histórica y urbana necesitaba únicamente un operario cualquiera que comprendiese su adaptación a los usos y propósitos de las ciudades modernas, es decir, su adaptación para paseo público y sitio de reuniones populares, labrando entre las duras rocas anchas avenidas y seguras carreteras, senderos pintorescos y variados, jardines y plantaciones en sus grietas y desfiladeros, edificios apropiados en sus planicies, en una palabra, lo que constituye un verdadero paseo, en el sentido moderno de esta palabra que significa recreo y arte, salud e higiene.

Y esto es lo que se ha hecho desde el 4 de junio de 1872, en que se instaló la primera faena de sesenta presidarios en el antiguo Castillo de Hidalgo, hasta el 17 de septiembre de 1874, día en que el

paseo casi terminado en todas sus partes ha sido entregado a la municipalidad.

Vamos por consiguiente a conducir al público en una rápida excursión por los mil senderos, escalas, desfiladeros, mesetas, jardines, bosques y edificios del Santa Lucía, para que la tarea de visitarlo sea para cada cual no una fatiga sino un agradable pasatiempo.

Al llegar el visitante al pie del paseo, sea por la Alameda, sea por la calle de Agustinas, se encuentra con una sólida reja de fierro que lo cierra por el lado de la calle de Bretón.

Esa reja fue trabajada en 1873 por el mecánico inglés don Juan Tanner. Costó 1.000 pesos.

En sus dos extremidades se apoya esta reja sobre dos pirámides de piedra basáltica del Santa Lucía, construidas y trabajadas con cimiento romano por el jardinero principal del parque don Pedro Streit, según dibujos del arquitecto de gobierno don Manuel Aldunate. Es esta una construcción completamente ciclópea y se halla coronada por dos estatuas de metal traídas de Francia y suministradas por la casa de Ravier, con un costo aproximativo de 900 pesos. La estatua de la derecha representa un soldado Franco del tiempo de Atila y la de la izquierda un soldado Sajón de la misma época. Ambos guerreros están vestidos con pieles de animales salvajes, como los actuales patagones y sirven de hermosos candelabros de gas al paseo.

Debemos advertir que esta y la Portada del Norte (calle de La Merced) son las únicas entradas autorizadas del paseo, el cual ha sido cerrado en su totalidad y puesto bajo de una sola llave con ingentes costos. Así se ha obtenido la primera condición de orden y a la vez de provecho en este sitio de recreo público y utilidad municipal.

Vencido el umbral de la reja, con adoquines trabajados en el Santa Lucía (así como los demás pasajes y aceras del mismo material) quedan a la izquierda sobre la muralla de piedra y estuco de la calle de Bretón, cuatro hermosos jarrones de estilo griego de la fábrica del Val d'Osne, que han costado 400 pesos, en frente la estatua de un niño flautista que representa el arte y un genio que simboliza el trabajo. Entre ambos el antiguo Pilón de las Agustinas que surtió de agua a la ciudad por espacio de dos siglos. Esta pila se haya coronada de una estatua de yeso que sostiene una lámpara de gas. A la derecha, un bonito jardín semi-elíptico a la sombra del Peñón de Huelén y en la cima de este la estatua colosal de Caracas.

Esta roca verdaderamente portentosa y que quedó por un acaso aislada en medio de los trabajos de destrucción que se ejecutaron desde 1870 a 1872 para proveer de macadam las calles de la ciudad, demoliendo el cerro, es por sí sola una de las bellezas más extraordinarias del Santa Lucía.

En ella está la inscripción que recuerda la primera inauguración del paseo, el 17 de septiembre de 1872 y en su cima acaba de colocarse, 17 de septiembre de 1874, la estatua colosal que representa la ciudad de Caracas. Ha sido esta trabajada por el escultor Moreau, de París y fundida en los talleres del Val d'Osne, con un costo de 3.000 pesos aproximadamente. Es una obra bellísima.

Esta figura, que pesa tres o cuatro toneladas, ha sido colocada sobre su sitio por el tallador de piedras don Andrés Staimbuk y rodeada de un jardín verdaderamente aéreo, por el albañil chileno Segundo Sánchez, bajo la dirección del jardinero don Pedro Streit.

Frente a esta admirable roca se encuentra la Gruta de Neptuno, cuya estatua se colocó en 1872 por el ingeniero del agua potable don Víctor Sacleux, extrayéndola del depósito de carretones de la policía urbana donde se hallaba enterrada desde hacía diez años. Los cinco o seis jardines que rodean este magnífico anfiteatro de rocas han sido

plantados en 1873 por los jardineros chilenos del paseo, Polo y Soto.

Llegando aquí, el visitante tiene tres caminos que elegir para subir a la altura.

El gran Camino del Oriente (a la derecha), que es el que siguen los carruajes.

El Camino de los Jardines (a la izquierda) por donde descenden aquellos.

El camino, o más bien, Sendero de la Cascada, al frente.

Conduciremos rápidamente al paseante por cada uno de estos derroteros.

#### IV.

Pero antes será conveniente presentar una idea general de la circulación del paseo, considerado este a vuelo de pájaro.

La superficie total del cerro en su estado actual es 37.607 metros equivalentes a dos y media manzanas comunes, esto es, más de dos veces y media mayor que la Plaza de la Independencia.

Desde luego se ha seguido en el plan de la obra dos principios generales a saber:

- 1.- Conservar al cerro todas sus bellezas naturales y
- 2.- Hacer estas accesibles al público por medio de cómodos caminos de

carruajes y por agradables senderos de a pie.

En consecuencia, el paseo ha quedado dividido para los efectos de la circulación en tres zonas diferentes:

La 1ª es la zona de los carruajes, que consta de un camino circular alrededor de todo el cerro que tiene más de un kilómetro de desarrollo (1.293 metros) y se levanta hasta la altura de 609 metros sobre el nivel del mar, o sea, de 40 metros sobre el plano inmediato de la ciudad.

La 2ª es la zona de los senderos, que cruzan el paseo en diversas direcciones a una altura media de 60 metros sobre el plano de la ciudad.

La 3ª es la zona de las escalas que se dirigen especialmente al gran rompiente de rocas de la cima en que se halla situada la Batería Hidalgo, el kiosco del Observatorio, el puente suspendido y otras construcciones hasta la altura máxima de 650 metros.

Comenzaremos nuestra excursión por la primera de estas grandes arterias de circulación y una vez terminada esta, seguiremos ascendiendo hasta detenernos en la cúspide que domina toda la estructura del cerro y lo presenta en su natural y majestuoso relieve.

#### V.

Siguiendo una pendiente suave, en carruaje, o una cómoda acera de asfalto, a pie, se dirige el paseante por entre el Jardín del Peñón (que así se llama el que está al nivel de la calle, al pie de la muralla y mide una superficie de 636 metros cuadrados) y los Jardines de Bella Vista y del Pinal que descenden a la izquierda del cerro. El último,

particularmente, es de una gran belleza por sus inmensas paredes de rocas desnudas que contrastan con la verdura de los jardines y de sus hermosos árboles, en especial de sus pinos.

Al pie de este jardín se halla una pila extraída de la Moneda que se alimenta por medio de una cascada que baja desde la Gruta de la Cimarra, según se explicará más adelante.

A pocos pasos de esta pila y enfrente de una gran muralla almenada construida con el costo de 3.000 pesos por don Juan Stiven, propietario del sitio colindante, se levanta el elegante y sencillo arco que da acceso a la Subida de las Niñas, caracterizado por dos ninfas que se esconden en nichos abiertos en los macizos de ese mismo arco.

Ha sido esta hasta aquí la subida favorita del paseo (y es la cuarta que tiene en el orden que venimos apuntándolas) por ser la más cómoda y pintoresca para las señoras. Tiene ocho cómodas vueltas de zigzag perfectamente macadamizadas y otros tantos jardines, los cuales miden en conjunto 286 metros y ostentan en los perfiles de sus caminos que se desarrollan en un espacio de más de una cuadra (150 metros), no menos de 80 maceteros de fierro de diferentes formas elegantes, diez o doce estatuas, otros tantos sofás, de los cuales dos son de piedra y cinco faroles de gas.

El Acueducto Romano es una obra ideada y ejecutada con felicidad por el hábil albañil chileno don Tránsito Núñez (fallecido en enero de 1874) y sirve para proveer de agua corriente los seis u ocho jardines que existen entre los zigzag del camino y la pila de la Moneda, ya mencionada.

Por último, la cómoda y graciosa Subida de las Niñas termina en la Portada y escudo de armas de España trabajado en el año 1805 por el presbítero chileno Varela, con un costo de 12.000 pesos y que se desenterró en julio de 1872 de una caballeriza en la casa que forma el ángulo nordeste de las calles de la Ceniza y de Huérfanos. Este escudo fue colocado en ese lugar por Staimbuk y la Portada construida por

Núñez, según dibujo de don Manuel Aldunate, así como los dos airosos torreones del costado sur del castillo y el octógono que ocupa el extremo nordeste.

Prosiguiendo el itinerario del Camino del Oriente y una vez dejado atrás el arco de la Subida de las Niñas, se encuentra la garganta llamada Desfiladero de los Andes.

Fue este abierto a pólvora bajo la dirección del ingeniero don Ernesto Ansart, en agosto de 1872, para labrar la primera carretera del paseo. Diósele ese nombre, que está grabado en una roca a la izquierda, por la hermosa vista que esa estrechura presenta de los lejanos Andes.

En el macizo que forma el desfiladero por la derecha, se ha arreglado un hermoso jardín plantado en el verano de 1872 y en el de la izquierda se ha acompañado las rocas con piedras homogéneas, formando jardines suspendidos de muy curioso efecto.

Encima de este jardín y al pie de la gran muralla del Castillo González se ha plantado una gruesa capa de tierra vegetal, subida expresamente al cerro y, un naranjal de 50 a 60 árboles enviados de regalo por el pueblo de Maipo. Este bosquecillo es accesible desde el tercer caracol del Camino de las Niñas.

Será oportuno advertir aquí que todos los jardines del Santa Lucía, sin una sola excepción, se han formado con tierra artificial traída de diversos lugares y transportadas en carreta (61 ó 18 mil carretadas) hasta cierta altura; y de ahí en hombros hasta el lugar respectivo, representando esta operación uno de los más fuertes gastos del paseo. Y así se explica la lozanía especial de todas las plantas y flores, sin que jamás se haya perdido una sola. La mayor parte de la tierra ha sido extraída de la antiquísima Viña de la Chacra de Cifuentes en los Tajamares.

Desde el Desfiladero de los Andes hasta las grutas que se hallan situadas más de cien metros hacia el norte no existe objeto alguno digno de especial curiosidad. Han sido las últimas trabajadas en agosto

último, más bien como una exploración emprendida hacia el corazón del cerro, con el objeto de conocer su verdadera estructura y perforar un futuro túnel de parte a parte, y no con el objeto de formar una obra de embellecimiento. Mas la presentación de uno de los fenómenos geológicos más interesantes del cerro, ha dado por resultado la formación de una serie de hermosas grutas que se irán perfeccionando y mejorando cada día a medida que se adelanten. Al presente miden más de 40 metros de socavones corridos y luego se labrará un vasto salón subterráneo en el corazón mismo del cerro, el cual será iluminado con gas.

Desde la gruta se adelanta unos 50 metros y se encuentra el Camino del Restaurant, que es la subida más directa hacia la parte superior del cerro. Se halla esta marcada por una estatua de Mercurio sobre un pedestal ochavado y la senda consiste solo de un piso a nivel, sostenido por una gruesa baranda pintada de verde. Mide 160 metros de largo. Al terminar hacia el poniente, se encuentra una sólida escala de piedra canteada, casi tan encumbrada como la escala de la Subida de las Niñas (62 gradas) y durante el trayecto del sendero se recorre una ladera plantada con cerca de mil árboles, especialmente pinos, almendros y olivos. También se nota un grupo de cinco palmas de Ocoa enviadas al Santa Lucía por el señor don Félix Echeverría.

Los pedestales de la escala superior contienen una virgen de bronce y el fragmento de una figura religiosa de finísimo mármol de Carrara, extraído de las ruinas de la casa del señor don José Arrieta, después de su incendio en 1872.

Casi frente a la subida del Restaurant, se encuentra al pie oriental del cerro la casa que contiene la máquina hidráulica, bombas, etc., destinada a subir el agua al lago superior del cerro. Es un edificio sencillo de cal y ladrillo pero que ofrece toda la solidez apetecible para su objeto. La máquina ha sido construida por los señores Debonnaire y Leroy y se considera como una de las mejores obras de este acreditado

establecimiento. Las cañerías de agua han sido colocadas por el señor Sacleux y la mayor parte del material comprado a los señores Rose Innes y Cía., o suministrado por la empresa de agua potable. Estas cañerías miden más de mil metros de extensión y sus calibres varían entre una y cinco pulgadas.

Frente a la casa de las máquinas se ostenta una de las más interesantes maravillas del cerro, el anfiteatro que imita el famoso Palmar de Cocalán formado por más de veinte plantas de buena talla, obsequiadas y traídas generosamente de aquella hacienda por los señores Subercaseaux Latorre. Este ameno y airoso bosque fue plantado el 20 de octubre de 1874. Las otras palmas del cerro en el mes de julio de 1873.

Pasando en seguida por frente a dos estatuas de composición enviadas de Liverpool al Santa Lucía por don Enrique Griffi y que representan (la de más abajo) a Polimnia y la otra a Euterpe, se llega frente a la Portada del Caballo o de la calle de La Merced, formada por un robusto arco de cal y ladrillo coronado por un hermosísimo caballo obsequiado al Santa Lucía por don Francisco Gandarillas.

Presenta esta subida la segunda entrada general al Santa Lucía y es la más cómoda y accesible, especialmente para las personas ancianas y débiles, pues solo hay que ascender una escala, aunque rápida, corta y después se llega a la calle por una serie de planos inclinados que miden una cuadra (115 metros) y que han sido perfectamente asfaltados. Esta subida con sus murallas de sostenimiento, jardines, asfalto, arcos, etc., ha costado más de cuatro mil pesos, de los cuales uno de los vecinos beneficiados (don Juan Dionisio Barros) ha suscrito 500 pesos.

Todos los asfaltos del paseo han sido trabajados con mucho celo y desinterés por el hábil contratista don R. Batista y miden una superficie de más de seis mil metros cuadrados. Han costado seis mil pesos.

Frente a frente a la portada se encuentra el jardín que por su forma se ha llamado Circular y fue el primero que se plantó en el Santa

Lucía en 1872. Precisamente, en este sitio y en la parte que ocupa el camino se encontraban tres malas casas que pertenecían a don Telésforo Frédes y que entristecían con sus paredes blanqueadas la vista del cerro desde la calle Huérfanos. Fueron compradas en junio de aquel año en 2.500 pesos e inmediatamente demolidas. La casa que está al pie de la escala bajando por la calle de la Merced, es también del paseo. Costó 1.350 pesos y ha servido para cuartel de los presos. A esa casa se ha agregado una nueva vivienda comprada en 800 pesos a don J. C. Núñez.

El Jardín Circular (180 metros cuadrados) ocupa el centro de uno de los trabajos más formidables del Santa Lucía, cual ha sido, el levantamiento de las dos grandes murallas de sostén que dan vista a la calle Bretón y a la del Cerro y con las cuales ha logrado formarse las dos hermosas plazas a nivel que allí existen. Son dos muros de una solidez a toda prueba y contienen más de mil metros cúbicos de piedra. El de la parte del poniente, que forma la plaza conocida con el nombre de Explanada de Santiago, existía hasta cierta altura desde una época remota pero el del costado opuesto (Explanada del Oriente) ha sido trabajado desde el fondo del cerro y con cimientos que tienen una profundidad de dos y hasta de tres metros y diez o doce de elevación. Al pie de este muro se ha hecho una lozana plantación de nogales negros.

En la Explanada de Santiago se ha plantado un hermoso y tupido bosquecillo de eucaliptus y molles de Bolivia. Puéstose una elegante pila de agua y gas, obsequio de don Belisario del Solar.

Continuando siempre por el Camino del Oriente se encuentra de frente y en dirección a la portada principal el Camino de los Jardines trabajado en el verano de 1873, mediante un contrato de cuatro mil pesos por el laborioso y probo joven don Manuel María Guzmán, el principal y más antiguo empresario del Santa Lucía.

Pasando en seguida frente a la reja y escala de honor del Castillo Hidalgo, se tuerce hacia el sur y se encuentran dos nuevas estatuas. La Diana Cazadora sobre una pirámide, imitación de pórfido rojo y de



un genio consagrado al recuerdo. Ha sido este, puesto allí en memoria de los primeros protestantes fallecidos en Santiago y que estuvieron sepultados en el Castillo de Hidalgo hasta que en junio de 1872 se trasladaron sus restos al cementerio disidente.

En el Jardín Circular y frente a la Portada del Caballo se ve también otra hermosa estatua que representa a Cupido en el acto de plegar su arco. ¡Cuidado a las que pasan!

Continuando hacia el sur se ve en todo su desarrollo la muralla oriental del Castillo de Hidalgo, la cual fue trabajada en 1872 bajo la dirección de don Manuel Aldunate. En una de las rocas de esta muralla se lee el nombre del capitán Manuel Hidalgo, muerto gloriosamente en Chacabuco y cuyo apellido se dio en 1817 a esta fortaleza, que el año anterior había sido construida por Marcó del Pont con el título de Batería Santa Lucía.

Atravesando en seguida por frente al edificio de la Colonia Penal Agrícola (antiguo polvorín de la fortaleza) y por el desfiladero que forma una gran roca dejada aislada y que ha sido erizada de cañones antiguos bajo la dirección del capitán don A. Letelier, se llega, después de recorrer más de cien metros, desde este desfiladero a la plaza del Castillo-González (antigua Batería Marcó), cuyo nombre se lee escrito en una de las rocas y en la cual haremos nuestro primer descanso por hallarse situado aquí el restaurant.

Este elegante chalet fue construido en 1872 por don Enrique Henes, con un costo de cerca de 5.000 pesos. Se compone de grandes compartimentos unidos por tuercas y que es fácil desarmar en pocas horas. El interior fue pintado a mano por el señor Dupré (padre).

Tiene el restaurant, en el interior, una galería al aire libre desde la cual se goza de la más bella vista del paseo y en el verano del fresco ambiente del sur.

En esta parte existía la explanada mayor del antiguo Santa Lucía y era conocida por el nombre del Castillo Viejo, aunque pertenecía

a la misma época que el de Hidalgo (1816). El restaurant ocupa precisamente el sitio en que estaba situada la hornilla de cal y ladrillo, destinada a calentar las balas rojas con que los españoles se proponían incendiar la ciudad, en caso de un desastre o de una rebelión popular.

Esta plaza fue ensanchada (a 1.040 metros cuadrados) conforme a los planos del señor Aldunate, construyéndose los dos elegantes torreones de las extremidades en septiembre de 1873. El pequeño teatro que se halla al frente del restaurant fue edificado provisoriamente en la Pascua de 1872 con el nombre de Alcázar de la Montaña. Las dos grandes columnas de cal y ladrillo que ostentan al oriente las estatuas de mármol de Ceres y de Minerva (enviadas de Florencia en 1873 por don Pedro Sepp, cónsul de Chile en esa ciudad) fueron construidas en julio del presente año.

En un receso de la plaza existe también la elegante construcción llamada el Pabellón de la Luna, destinada a almuerzos veraniegos y a serenatas a la luz de la luna, que desde esa altura parece bañar toda la ciudad.

Hacia el oriente de la Plaza de González e inmediatamente a continuación se ha formado últimamente una plazoleta bastante espaciosa destinada al paradero de carruajes.

De este mismo pabellón arranca la vuelta del camino de carruajes por el poniente, que ha sido la obra más costosa del Santa Lucía (15 a 20.000 pesos) pues fue preciso labrarlo en la roca viva o terraplenando altas murallas, en todas las laderas desgarradas del cerro.

En esta vía, conocida con el nombre de Camino del Poniente y en el centro del pequeño receso llamado Plaza de Buenos Aires (180 metros cuadrados) se nota el Balcón Volado que es una de las construcciones más atrevidas del cerro y al mismo tiempo una de las más seguras, pues se compone de una verdadera red de rieles entretejidos y cubiertos de sólida mampostería. La parte superior ha sido destinada para las bandas de música y su plataforma puede

contener hasta 50 personas.

Desde este balcón se obtiene la mejor vista de la ciudad y especialmente de la ladera, que por su denso arbolado se llama el Parque de Santa Lucía.

Era esta ladera un sucio basural lleno de grietas, más a fuerza de cubrirlo de tierra vegetal se ha logrado criar con lozanía algunos centenares de árboles y otras plantas que alegran la ciudad con su verdura y al paseo con su sombra.

Se riega esta parte de los jardines con el agua recogida de un estanque superior por medio de cañerías que alimentan también una pequeña pila y una aérea cascada que se precipita en el lago inferior, al pie del cerro.

El camino que sostiene el parque por la parte de abajo y que se ha llamado por esto “de los jardines”, fue abierto a fuerza de pólvora, así como el más superior (o del poniente) y se hizo por tanto preciso destruir casi por completo los tejados de la mayor parte de las casas de la calle de Bretón, gastándose en su reparación no menos de 6.000 pesos por indemnización a los propietarios.

La plazoleta de Buenos Aires está dispuesta para contener en fila, seis carruajes y la del restaurant, diez. En las explanadas de Santiago y del Oriente pueden situarse holgadamente otros tantos.

Nos falta solo para dar la vuelta a todas las entradas del segundo plano del Santa Lucía, hablar del Sendero de la Cascada.

Esta es la subida más recta y pintoresca del Santa Lucía, pero al mismo tiempo la más esforzada, pues se encuentran en su ascenso, hasta la portada superior, no menos de doscientas dos gradas de piedra del cerro, interrumpidas de trecho en trecho por pequeñas mesetas de descanso.

Este sendero arranca de una pequeña plaza de cuatrocientos metros cuadrados convertida hoy en un lago, que en su mayor parte, recorre varios jardines, bosquesillos, rocas, etc. y sirve de puente a la hermosa cascada que en días especiales se precipita de la cumbre del selvático anfiteatro de rocas que allí existe y que sin disputa, es la mayor belleza natural del cerro.

En la mitad del ascenso se encuentran varias plazoletas. En una de estas se ha colocado el busto de mármol del filántropo don Miguel Dávila y en un saliente de las rocas hacia el desfiladero inferior una bonita estatua de Polimnia (modelo del Val d’Osne) que parece estar al acecho de los visitantes que penetran en el paseo por la portada principal.

El balcón de fierro que en esta subida se encuentra es el mismo que existía en el antiguo Palacio de Gobierno en la Plaza de Armas y que sin duda fue colocado allí por el presidente Ustáriz en 1717.

Pasando cerca de uno de los grupos más estupendos de rocas que se admiran en el Santa Lucía y dejando a su derecha el pequeño jardín llamado De la Luna por estar al pie del pabellón de este nombre, se penetra otra vez en el gran Camino del Poniente, por una portada de un gusto dudoso y a pocos pasos de la Plaza de González.

Al pie de este camino se halla el lago inferior del Santa Lucía que recibe las aguas de los riegos y de las cascadas.

Y aquí queda terminado el primer gran giro del paseo y se ha alcanzado una altura de 609 metros sobre el nivel del mar.

La portada principal del paseo se halla a 572 metros y la parte superior en la boletería del observatorio a 635 metros, de modo que la altura total del cerro en esta dirección alcanza a 63 metros y tomando

en cuenta la roca del observatorio de 65 a 66 metros a lo menos.

La extensión total de los senderos de carruajes del Santa Lucía, labrados casi en su totalidad a pólvora o por medio de murallas de sostenimiento, más costosas que las minas, alcanza, según dijimos, a algo más de diez cuerdas. La extensión de la Alameda desde San Francisco hasta el Colegio Agustino es menor.

## VI.

Terminada nuestra excursión por el circuito que recorren los carruajes, tenemos cinco senderos para dirigirnos a la planicie superior en que se halla la Ermita, la Plaza de los Campos Elíseos y las diversas mesetas y jardines que en esta zona se ha labrado.

Esos caminos son los siguientes:

1°.- Sendero de la Ermita.

2°.- Escala de la Ermita.

3°.- Escala de las Diosas.

4°.- Escalas del Estanque.

5°.- Escalas de la Biblioteca.

El Sendero de la Ermita presenta dos subidas desde la Plaza González, donde terminábamos nuestra anterior peregrinación. La primera, por la escala de la estatua que representa una mujer conduciendo una cabra (bello obsequio del señor Fernández Rodella) y la otra, es la subida de zigzag situada algo más al oriente y marcada por dos jarrones de una ejecución primorosa.

Ambos senderos se reúnen en uno solo en el primer zigzag y continúan unidos hasta la plaza superior de la Ermita.

Este sendero es uno de los más pintorescos y cómodos del paseo. Su declive es suave y está socorrido por once escalas con ciento dos pisos de piedra labrada o natural. En los cuatro zigzag del sendero

se han formado once preciosos jardines y en la mitad del ascenso se encuentra la famosa Gruta de la Cimarra, llamada así porque en otro tiempo era frecuentada por los niños que huían de sus estudios. Esta gruta tiene en su parte superior un estanque artificial de agua, la cual se distribuye por cañerías en el cielo de la gruta formando penachos y pequeños chorros en las grietas. El ángel de mármol que ocupa el centro fue obsequiado por don Olegario Ovalle y Vicuña.

Desde este recipiente arranca el agua que alimenta la Pila de la Moneda a la entrada del paseo y la cual, pasando por bajo del camino, riega en el último término el Jardín del Peñón.

La segunda escala que conduce a la Ermita arranca de la Plaza de González por una escalinata de piedra de Regolemo de setenta y dos tramos y está indicada por una estatua de Diana en su primer basamento. Se reúne en lo alto al camino en zigzag de la Ermita por medio de otra escala de piedra situada al costado de la última.

El objeto más digno de atención en esta sección del paseo es naturalmente la Ermita, primorosa obra de cantería trabajada por don Andrés Staimbuck y costada en su mayor parte (11.000 pesos) por el generoso ciudadano don Domingo Fernández Concha.

La primera piedra de este edificio religioso fue colocada con gran solemnidad por el Presidente de la República y el arzobispo de Santiago el 17 de septiembre de 1872 y no se inaugurará definitivamente sino en diciembre próximo en que se consagrará y celebrará la primera misa. Su costo total con altar y accesorios pasará de doce mil pesos. El altar será una obra modesta pero adecuada y de un carácter severo e imponente.

La Ermita se halla situada entre dos de los más hermosos jardines del paseo, uno en la meseta superior plantado de naranjos, pinos, membrillos y otros árboles frutales con una palma en el centro y otro al pie de la misma Ermita ostentando una pila de agua y diversos bosquecillos de ligustros y naranjos de la famosa familia de Maipo.

Frente al camino de carruajes este jardín ostenta diez jarrones de tamaño colosal, modelos del Val d'Osne de gran precio y ocho de fábrica inglesa y de una belleza particular.

Este jardín, uno de los más espaciosos del paseo, está unido a la Plaza de los Campos Elíseos, por un estrecho desfiladero de uno a dos metros de ancho y de diez a quince de largo, abierto entre dos rocas a fuerza de pólvora y con gran costo y lo está también con la Escala de las Diosas por otro desfiladero casi invisible que serpentea entre rocas y jardines hasta el pie de aquella escala.

Es esta última, una construcción verdaderamente ciclópea, como la de las pirámides de la entrada y fue trabajada en 1873, ocupando con grandes trozos de basalto en forma de gradas el fondo de una áspera quebrada natural. Tiene 75 pisaderas, algunas de un tamaño colosal. Debió su nombre de faena a la colocación que allí tuvieron las estatuas de Ceres y Minerva en los pilastrones que hoy ocupan dos hermosos jarrones del Val d'Osne, únicos en Chile. Estas piezas han costado 415 pesos.

Entre esta subida y el jardín inferior de la Ermita se encuentra una de las más hermosas rocas del Santa Lucía, verdadera tribuna de basalto que ha sido rodeada de rejas en todas direcciones y que denominan La Roca Tarpeya.

La cuarta entrada a la meseta superior es la que forman las dos escalinatas del Estanque y las dos grandes escalas que conducen en la dirección del sur a la Plaza de los Campos Elíseos. Estas tres escalas, las más considerables del paseo, miden un total de 185 gradas.

Subiendo por la escala de la derecha que conduce al Estanque, se encuentran tres o cuatro jardines sumamente pintorescos colgados entre las rocas, sin contar el que rodea el estanque mismo. Este está destinado a regar el gran jardín y plantación del Parque de Santa Lucía (ladera del poniente) y ha sido formado sobre los cimientos de la antigua bodega del Castillo de Hidalgo, edificado por los españoles.

Este estanque, que hasta aquí se había alimentado con un bombín desde el Camino del Poniente, está rodeado de veinte jarrones de mármol obsequiados por don Ángel Sassi y encargados especialmente para este objeto.

Una vistosa cascada conduce hoy las aguas del lago superior a este estanque.

De la alegre Plazoleta del Estanque se sube al sitio que ocupaba el antiguo Observatorio Americano y el cual ha sido distribuido en tres pequeñas plataformas o terrazas de estilo italiano.

La primera de estas es la misma plaza del Observatorio Americano (donde se nota la elegante casa del Superintendente, situada en el centro del paseo) y la cual va descendiendo hacia el norte por medio de una serie de planos inclinados y escalinatas.

La terraza que está al frente y a la cual se pasa por dos puentes asfaltados es la Plataforma de Hidalgo que ostenta en su centro el carrusel y los diez o doce juegos destinados a los niños, mientras la que queda a la derecha es la plataforma de la Colonia Agrícola consagrada también a los juegos de los niños.

Estas tres plazoletas miden una extensión de más de 600 metros cuadrados y se hallan totalmente asfaltadas, así como la meseta del Estanque que podrá tener unos 150 metros cuadrados de superficie. Las dos construcciones (la Plataforma de Hidalgo y de la Colonia Agrícola) han sido ejecutadas ambas sobre el techo de los salones del Castillo de Hidalgo, la primera y sobre el de la Colonia Agrícola (antiguo polvorín de la fortaleza) la segunda.

Esta última no ha exigido sino ciertos gastos de terraplén. Mas sobre la de Hidalgo se ha formado una enmaderación sólida y costosa que desafiará el peso de muchos millares de visitantes y el desgaste de muchos años. Sin embargo, a fin de sacar de esta construcción todo el partido a que se presta, se hace preciso cubrirla con una ligera y elegante techumbre que la proteja de los excesivos calores y de la lluvia.

Desde ambas plazoletas se obtiene una vista encantadora hacia el norte, dominando los valles sucesivos del Mapocho, Conchalí y del Salto, desde la primera y de las cordilleras nevadas, desde la segunda.

Recorridas ligeramente las cuatro subidas principales de la segunda zona penetramos por cualquiera de ellas en la Plaza de los Campos Elíseos que es la gran fisonomía especial del paseo, porque es el espacio abierto más considerable (dos mil metros cuadrados) y porque desde ella se domina a la vez la ciudad en toda su extensión y la cumbre basáltica del cerro en su selvática grandeza.

Fue formada esta plaza con uno de los gastos más ingente del paseo y al mismo tiempo uno de los menos lúcidos, como son todos los de terraplenes, cuya profundidad no puede medirse y apenas calcularse por la altura de las murallas que los sostienen. Caben aquí más de cuatro mil personas cómodamente instaladas. Tres estatuas y cuatro grandes candelabros de gas la iluminan suficientemente. Esta plaza es doble mayor que la del Castillo González y agregada a las otras mesetas y plataformas del Santa Lucía presenta un total de más de ocho mil metros cuadrados.

En la extremidad meridional de esa plaza se ha excavado recientemente, por la mina y la pólvora, el lago destinado a contener no menos de 660 metros cúbicos de agua, que servirán con abundancia para todos los riegos y cascadas del paseo. Las cañerías están colocadas con este objeto en todas direcciones y el servicio de ellas hará sumamente fácil y barata la conservación de aquél. Dos peones pueden hacer el riego diario de sus cien jardines y de sus cinco o seis mil árboles.

Por lo demás, se ha tomado las precauciones más costosas a fin de hacer enteramente impermeable esta gran tasa de basalto colocada

a una altura de 60 metros sobre el nivel de la población y destinada a producir una verdadera revolución en el sistema de bombas y válvulas de incendio en la ciudad.

Por el costado del oriente se ha labrado otro camino llamado por los trabajadores Sendero de los Indios porque allí subieron a caballo los patagones y araucanos que vinieron a Santiago en septiembre de 1873. Pasa esta ruta por dos vías diferentes circundado el pie oriental de la Batería de Hidalgo y del kiosco del observatorio hasta unirse con la plaza superior de la Ermita por medio de otra plazoleta recién formada y cuya última ofrece, además de una vista dilatadísima del Valle de Maipo, el de la más imponente masa de rocas del Santa Lucía, a su espalda. Por manera que este sendero y el que conduce de la Ermita al Lago rodean por completo el gran promontorio de rocas que forman la tercera zona del Santa Lucía y la cual es solo accesible por una serie de escalas bien combinadas.

La elegante plataforma rodeada de balcones que conduce al Sendero de los Indios ha recibido el nombre de Terraza de la Tarde, porque protegida del sol por las altas rocas que están a su espalda, desde las dos de la tarde ofrece en el verano un sitio fresco lleno de amenidad.

Por la parte del norte, estas escalas se levantan en forma de anfiteatro directamente del Lago y conducen al kiosco que corona la altura por una serie de no menos de 217 gradas.

Por la parte del sur, la subida al kiosco del Observatorio es mucho más directa, pues se asciende por una escala recta de 58 gradas.

Los objetos curiosos que esta ascensión presenta a los ojos del visitante, son los siguientes:

El sofá de don Diego Portales, situado en una plazoleta elevada y es el mismo que este hombre de Estado costeó para su uso en la Alameda.

La nueva Batería de Hidalgo, colocada en una meseta adquinada que existe al norte y en la cual se dispara la hora del medio día.

El puente suspendido que une las dos grandes rocas de la cima.

El Observatorio, elegante kiosco construido con un costo de 1.500 pesos por la fábrica de recortes del señor Arana, en el cual, mediante un telescopio de bastante poder, se descubren todos los detalles de la ciudad y la campiña y de cuyo balcón circular se disfruta del panorama más grandioso que sea dable imaginar.

Ese panorama abarca al menos un espacio de cincuenta leguas cuadradas, entre la angostura de Paine por el sur y la cuesta de Chacabuco por el norte y entre los cerros de Prado y de Lampa hacia el ocaso y las cordilleras nevadas, cuya majestad es incomparable hacia el oriente.

No creemos exista en el mundo un paisaje que sea de más cómodo acceso y que presente a la vez un conjunto más grandioso de bellezas naturales, desarrollando en contraste la estructura del cerro y el relieve de sus plantaciones, con la vista de la ciudad, la de su verde campiña y de sus lejanas y elevadas montañas.

La serie de senderos de a pie del Santa Lucía mide en su totalidad una extensión de más de 800 metros y sus 75 escalas contienen 2.195 gradas.

Nos falta ahora únicamente conducir al visitante al monumento de mayor importancia del Santa Lucía, cual es el Castillo de Hidalgo, completamente transformado ahora, siendo sus antiguos calabozos dos hermosos salones destinados, el uno, a biblioteca y el otro a un museo histórico-indígena, al paso que su famosa explanada de piedra de cantería, (panteón de los primitivos herejes del país) ha sido convertido en un agradable jardín. El centro de este se haya ya destinado para recibir la estatua de mármol de Pedro de Valdivia que se trabaja en Florencia y que se inaugurará en el año próximo.

No es fácil enumerar todos los objetos de interés que este edificio guarda, pero bastaría que existiese allí la colección de los retratos de cuarenta y dos Presidentes de la época del coloniaje que han costado

más de siete mil pesos, para darle un atractivo particular. Pero se conserva además algunas curiosidades notables como la tapicería de la casa de Bretón de fines del siglo pasado (obsequio del señor Guilizástegui, de San Felipe), el primer piano que vino a Chile (trabajado en Sevilla por Juan del Mármol en 1787), un precioso trofeo de armas históricas arreglado sobre el altar que sirvió a los patriotas en las campañas de la Independencia y que se conservaba en la Academia Militar y especialmente la pila bautismal de los jesuitas y la única campana (fundida en Chile en 1718) que se conserva, mordida todavía por el fuego, de la antigua y desastrosa Iglesia de la Compañía.

Es digno también de especial recomendación un curioso monetario griego-romano obsequiado por el señor don Joaquín Godoy, Ministro de Chile en Lima y arreglado por los señores don Enrique Browne y don Federico García de la Huerta.

Entre las piezas antiguas de esta pequeña colección numismática figuran también unas pocas monedas de plata que, con una onza de oro del año de 1818, fueron encontradas en agosto de 1872, cuando se abrió el Desfiladero de los Andes y que parecían haberse escondido en aquel lugar.

Todos estos objetos, así como una colección de cien autógrafos, varios muebles, alhajas y objetos de uso de la época colonial, se conservan en diversos estantes y no es menos curiosa una vista de la ciudad tomada desde el Santa Lucía hace 40 años por el ingeniero militar Wood (obsequio de su hijo don Enrique) y otra del mismo peñón de Santa Lucía antes de su transformación, obsequio de don Amador Fuenzalida.

Más como todos estos objetos han de ser materia de un catálogo minucioso que se publicará en breve, junto con el índice de los tres mil volúmenes de la Biblioteca Carrasco-Albano, nos limitamos a hacer presente que este edificio está ligado al camino de carruajes por una serie de escalas de piedra de cantería, que componen una sola galería

de 80 gradas artísticamente dispuestas por el señor Aldunate.

La muralla que circunda el jardín –y cuyas aceras así como la galería del edificio, han sido embaldosadas con ladrillos pizarras de Alemania–, está rodeada de veinte jarrones de fierro fundidos en la Escuela de Artes de Santiago.

La reja ornamental que cierra la escala de honor fue trabajada en Chile en tiempo del presidente Pino (1810), quien la destinó a la Moneda y allí se vendió hace ocho o diez años como hierro viejo por el precio de “catorce reales”.

En resumen y a fin de presentar en un solo conjunto el paseo predilecto de los santiaguinos, agruparemos aquí las siguientes cifras que han sido comprobadas por los ingenieros de ciudad.

Área total del paseo: 37.607 metros cuadrados.

Extensión de sus caminos de carruajes: 1.293 íd. longitudinales.

Extensión de sus senderos: 800 íd.

Extensión de sus escalas: 2.195 gradas (equivalentes a 2.500 metros longitudinales).

Extensión de sus adoquinados: 500 metros cuadrados

Extensión de su asfalto: 6.000 íd. íd.

Extensión de sus plazas (aproximadamente): 8.000 íd. íd.

Área de sus edificios, mesetas y plazuelas: 6.000 íd. íd.

Número de sus jardines: 102

Íd. de sus jarros de diversas clases: 416

Íd. de sus estatuas: 31

Costo total en dinero o materiales: \$220.000

En trabajo gratis, a razón de 35.000 pesos al año: \$90.000

Tiempo empleado en los trabajos desde el día en que se puso la primera faena (4 de junio de 1872) hasta la entrega del paseo hecho a la municipalidad en 17 de septiembre de 1874, dos años, cuatro me-

ses y trece días.

Tal es la brevísima pero exacta reseña que nos ha sido dable trazar del paseo de Santa Lucía en el momento en que estando completamente terminado ha sido entregado a la Municipalidad de Santiago, con motivo de las festividades patrióticas que tuvieron lugar en septiembre de 1874.



# EL ÁLBUM



Aunque el Álbum del Santa Lucía, sea en sí mismo y como forma una obra verdaderamente de lujo, alberga en los propósitos de su autor un alcance mucho más elevado.

Es una obra de propaganda.

Santiago ha sido considerado siempre por todos los pueblos de primero y segundo orden de la República como un gran iniciador.

Antes que la capital imprima el impulso, la estagnación reina en todos los centros ediles del país.

Dado el primer paso en el progreso, en la innovación, en las “transformaciones”, todos imitan.

Antes que Santiago tuviera una fuente de mármol en su plaza mayor, las pilas públicas eran desconocidas en las ciudades de provincias.

La Alameda de las Delicias es la madre legítima de las avenidas que circundan, embellecen y purifican las ciudades cabeceras de todas las provincias y de la mayor parte de los departamentos. Esos arbolados son solo retoños de las plantas madres que regó en su cuna el Mapocho.

Antes que Santiago tuviese alumbrado de gas, carecían de él aún las más opulentas ciudades de provincia como Copiapó y La Serena, Concepción y Talca.

Las plantaciones, los monumentos, los jardines públicos, los paseos, las estatuas, las recovas, los teatros, las escuelas monumentales, los sistemas de pavimentos, las transformaciones de todo género

encuentran en la metrópoli el primer aliento, la primera ejecución, el primer estímulo.

Y así es natural que acontezca porque esa es una ley de irradiación a la que obedecen todas las comunidades humanas.

Donde está fija la cabeza, allí está el faro que ilumina las extremidades.

Donde palpita el corazón, allí late el impulso general y armónico del movimiento.

Por esto a las leyes que se han llamado de “la transformación de Santiago”, han seguido inmediatamente las de la “transformación de Valparaíso”, este gran gemelo de la capital donde la sola voluntad infatigable de un distinguido funcionario ha bastado para realizar verdaderos milagros de progreso y de higiene, la de la “transformación de Curicó”, una de las ciudades de más alegre, vistosa y admirable planta del país. Y a estas, de seguro, seguirán la de muchos otros centros importantes del país.

Contribuir a ese saludable movimiento de regeneración por el ornato y la higiene, que constituye su saludable consecuencia en nuestras ciudades, es por tanto la principal y más alta intención de este libro dedicado, en el nombre y representación de la Municipalidad de Santiago, a los municipios de toda la República.

Y al decir que se persigue una verdadera propaganda en beneficio del ornato y embellecimiento de las poblaciones, aunque en esto

se contraría una triste si bien arraigada rutina, no hacemos más que recomendar la ejecución de uno de los principios más obvios y más evidentes de la higiene moderna, ciencia casi del todo desconocida en nuestras comunidades subalternas y que se halla apenas en ciernes en la capital misma.

Porque ya comienza a ser sabido de muchos que los jardines no son solo eras de flores sino grandes purificadores; que las pilas no son solo vistosos surgideros de agua sino refrigerantes y restauradores químicos de la atmósfera; que las estatuas no son solo “monos” de bronce o de mármol, sino centros inevitables de mejoras autonómicas, puesto que el vecindario que se agrupa al derredor de cualquier obra de arte o de gloria, por una razón, si se quiere, por un instinto irresistible, no consiente que el basural invada las gradas de la efigie, ni el pantano hediondo salpique los mármoles. Y por esto lo preserva, mejorando el pavimento que circunda los monumentos públicos, pulimentando el material de las aceras que a ellos conduce, embelleciendo la estructura exterior de las casas, el alumbrado, la policía, todo, en una palabra. Ejemplo vivo de esto es lo que hoy se ostenta en la capital, en cuyo vasto recinto, donde quiera que se ha erigido, en medio de la crítica de obstinadas y añejas preocupaciones, un monumento de ese género, el bienestar y el adelanto comienzan a abrirse paso bajo sus múltiples formas.

Pero donde esta convicción ha llegado a hacerse irresistible es en la formación de paseos públicos, porque ya comienza a mirarse, aún por los más reacios, como una cosa inverosímil que la ciudad de Santiago no hubiese tenido por más de medio siglo otro paseo de carruajes que una “pampa” abierta, calentada por el sol en todas las horas, sin un solo curso de agua, sin una sombra, sin una flor: verdadera “pampa del chavalongo”, como antes de la higiene se llamaban en nuestro clima las fiebres tifoideas, hijas todas, así como la viruela y las demás pestes que

affigen las aglomeraciones humanas, de su falta de aseo y de higiene, es decir, de su falta de aire y de luz, de agua y espacio, de saludable ejercicio y de alegres y honestos entretenimientos.

Por el mismo principio es ahora causa de asombro que el Santa Lucía, esta gran casa de sanidad al aire libre, haya yacido tantos años convertido en un verdadero foco de infección y de miasmas pestilentes en el corazón mismo de la ciudad.

Que los pueblos y las autoridades encargadas de velar por el embellecimiento de las ciudades, es decir, por la salubridad y bienestar de los seres que en ella moran encuentren en la fiel reproducción por el arte de las bellezas naturales del Santa Lucía un aprendizaje provechoso; que Concepción vea transformado su romántico “Caracol” en un vergel de rústicos senderos y amenas plantaciones regadas por las aguas del Biobío; que Curicó adapte su pintoresca colina en una senda circular que sirva de prolongación a su hermosa alameda y de divisadero a su admirable campiña; que la populosa Talca lleve la planta corrida de su único pero majestuoso paseo hasta las márgenes del cristalino Claro; que La Serena, en fin, haga con las admirables terrazas de su Santa Lucía lo que la naturaleza misma le está indicando en el desarrollo de sus pintorescos anfiteatros y por último, que cada ciudad o villa se persuada de que con poquísimos costos y con el solo trabajo hoy ocioso de sus presidiarios puede llegar a realizarse una obra de este género, en mayor o menor escala; San Felipe en el cuadrilátero de sus frescas alamedas, Rancagua en su pequeño “camino de cintura”, Copiapó en su vega, Melipilla en su campo del cementerio, Petorca en su cancha de guerra, Valdivia en las márgenes de sus deliciosos ríos, todas, aún las más pobres, en sus plazas públicas o en el circuito de sus iglesias parroquiales, con la erección de un pedestal de cal y ladrillo, con un cañón de fierro o de greda para conducir un chorro de agua y si más no se alcanza, con una docena de árboles plantados en el otoño, pueden, decíamos,

realizar una obra útil, benéfica y hermosa; y así la costosa publicación de este libro habrá sido “un buen ejemplo”. Y esto es todo.

En cuanto a la composición artística y material de este Álbum, tanto en la parte fotográfica como en la de tipografía, dejamos al ilustrado público como único juez.



# I.

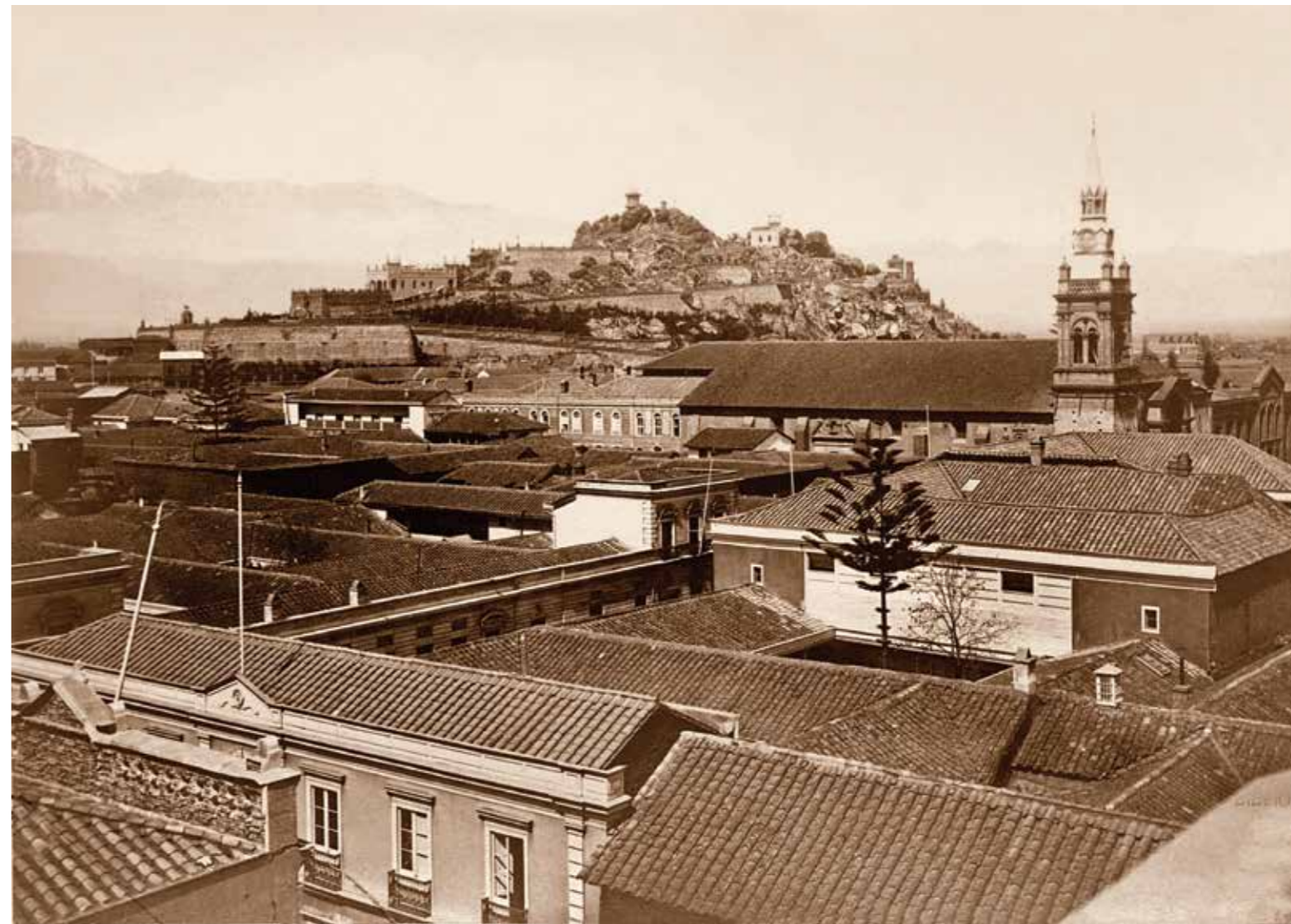
## VISTA GENERAL DEL SANTA LUCÍA

---

La hermosa vista que representa la lámina del frente ha sido tomada desde la terraza del palacio del señor don José Tomás de Urmeneta, en la calle de las Monjitas, es decir, a trescientos metros de distancia, más o menos, por el rumbo del nordeste.

Preséntase aquí el Santa Lucía en su más pintoresco desarrollo, teniendo en el primer plano la ciudad, por entre cuyas sombrías techumbres y mojinetes de anticuada teja, se destaca la moderna y aún inconclusa Torre de La Merced. Los Andes, velados por la niebla matinal, forman el fondo de la perspectiva.

Es esta una vista de invierno.



## II.

### SEGUNDA VISTA GENERAL (COSTADO DEL SUR OESTE)

Esta perspectiva, gemela de la que precede y que completa el panorama que el Santa Lucía ofrece a la ciudad tendida a sus pies, ha sido ejecutada desde una de las altas ventanas de la Iglesia de San Juan de Dios en la Alameda.

Por esto la Torre de las Claras, hecha al parecer de alcorza y miga de pan, se muestra como incorporada, por un efecto de interposición de luz entre las demás obras del paseo. La parte de este que se ostenta más en relieve es la Subida de las Niñas, marcada por sus pintorescos zigzags de jardines y maceteros.

La masa almenada del antiguo Castillo González, flanqueada por sus dos torres feudales, presenta también un bonito efecto destacándose las últimas en el horizonte límpido del oriente.

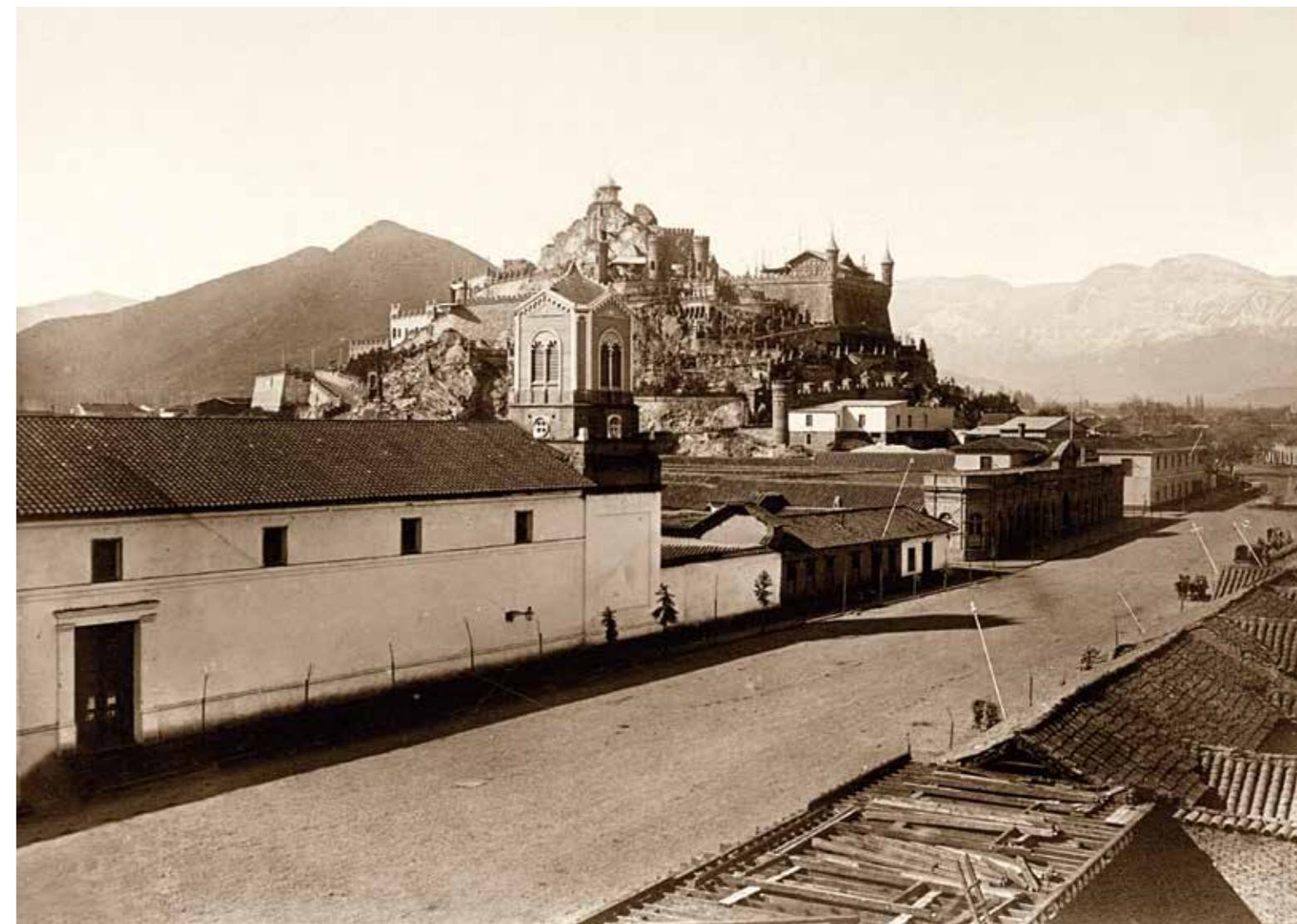
Tras del cerro se columbra la pardusca sombra del San Cristóbal con su característico morro, mientras que por el frente se dilata la ancha avenida formada en 1873 en

la parte superior de la Alameda, entre el Carmen Alto y San Juan de Dios.

En el fondo de este primer plano se divisa, a la izquierda, la fachada de ladrillo del cuartel número 1 de Guardias Nacionales, construido en 1872 y en el extremo derecho la techumbre en ejecución del cuartel destinado al número 2.

Esta disposición forma hoy base para conceptuar entre los asustadizos que el barrio histórico que esta lámina representa es un sitio eminentemente militar y estratégico. En su circuito por lo menos plantó Pedro de Valdivia, que era buen capitán de guerra, sus primeros reales en 1541.

La terrible revolución militar del 20 de abril de 1851 se desenlazó también en esta misma localidad.



### III.

#### VISTA GENERAL DEL ORIENTE

---

Si se preguntara, no diríamos a cualquier extranjero domiciliado en la capital, sino a un antiguo vecino y natural de Santiago, lo que representa la lámina que tiene a la vista, es más que probable que se creería en presencia de la copia fotográfica de esos grabados que exhuman algunas de las ciudades bíblicas de la antigüedad, reconstruidas por las investigaciones arqueológicas de los sabios y el buril de los maestros.

Sería, por tanto, sumamente aventurado convencerle de que esa masa imponente de construcciones, levantándose de un fondo de escombros y de murallones inconclusos, era en realidad la imagen fotográfica del Santa Lucía que todos más o menos hemos conocido desde nuestra niñez y que ostentaba hasta 1872 sus bravíos flancos, repletos de basura, a los ojos del paseante y del espectador.

Esta vista ha sido tomada desde el ángulo nordeste de la calle del Cerro.

